

ESPARTACO

Y LA LLAMADA REVOLUCIÓN
DE LOS GLADIADORES

GÉRARD WALTER



Gérard Walter

ESPARTACO

Y LA LLAMADA REVOLUCION DE LOS GLADIADORES

Los acontecimientos que acaecieron en la parte meridional de la península italiana durante los años 73, 72 y 71 antes de Cristo se conocen habitualmente con el nombre de la Revuelta de Espartaco o también como la Guerra de los Gladiadores. Ninguna de estas denominaciones corresponde a lo que realmente fue. De hecho, Espartaco no era sino uno de los jefes del movimiento y su acción personal sólo representó una pequeña parte dentro de la acción general. Por otro lado, si al principio fue sólo una banda de gladiadores fugitivos la que hizo estallar la revuelta, más adelante se le añadieron masas compactas de esclavos y de proletarios de todas clases y características que modificaron radicalmente su aspecto primitivo. Esto no fue otra cosa sino el último y más terrible asalto de una fiebre revolucionaria que agitó al mundo romano durante un período de cerca de tres cuartas partes del siglo y que fracasaría estrepitosamente para reactivarse cien años más tarde, en el seno de un pequeño país semita desde el que emprendería un largo viaje a través de los siglos y los países, plagado de elementos nuevos que ayudaron a reanimarlo.

La historia de la revuelta del 73-71, parece ser un entretejido de cuentos y leyendas si se la contempla sin tener en cuenta los acontecimientos que la precedieron. La personalidad de Espartaco aparece como casi sobrenatural si ignoramos las apariciones precedentes de Euno, Aristonico, Salvius y Atenión.

Carlos Marx, cuyos conocimientos históricos eran bastante rudimentarios, seducido por la imagen impactante de este rudo conductor de hombres, hizo de él uno de sus héroes preferidos y, fiel a los gustos del maestro, la masa revolucionaria alemana tomó el nombre del gladiador tracio para designar una agrupación de combate de tendencia comunista-terrorista¹ que dio mucho que hablar durante los años 1919-1920.

Los historiadores romanos que hablan de esta revuelta son unánimes al señalar su extrema gravedad: Salustio se ve en la necesidad de remontarse a la sublevación del Lacio y de las ciudades latinas para encontrar algo parecido. Según Eutropio se trató de "una guerra casi igual de terrible que la de Aníbal". Floro no sabe cómo nombrar esta guerra en la que el desastre iba de la mano con lo ridículo.

¹ Cfr. el manifiesto de "Spartakusbund" redactado por Rosa Luxembourg y publicado en la "Rote Fahne" del 14 de diciembre de 1918. Hablando de los esfuerzos que hace la burguesía para parar el movimiento revolucionario, este documento especifica:

"Debe romperse poco a poco toda esta resistencia con puño de acero, con una energía incontestable. Hay que oponer la violencia revolucionaria del proletariado a la violencia de la contrarrevolución burguesa... La lucha por el socialismo es la guerra civil, la más grande que haya visto la historia del mundo, la revolución proletaria debe forjar las armas necesarias para esta guerra civil, debe aprender a utilizarlas, para luchar y para vencer... No puede existir la verdadera democracia, la verdadera, la que no es un engaño si el esclavo asalariado se sienta al lado del capitalista, el proletario del campo con el propietario, en una especie de falsa igualdad para debatir parlamentariamente los temas de su interés; sólo puede existir donde la masa proletaria, compuesta por millones de hombres agarra con su puño lleno de callos todo el poder del Estado para estrellarlo en la cabeza de las masas dirigentes, como el dios Tor con su martillo.

Cfr. igualmente la moción de Léo Jogiches presentada en el congreso de Berlín del 7 de enero de 1917, y el llamamiento de la "Spartakus-Konferenz" del 1º de octubre de 1918. Estos tres textos permiten seguir la evolución de los métodos de la acción revolucionaria preconizados por los dirigentes del partido. Hay que hacer constar que Rosa Luxembourg no tenía personalmente una gran predilección por el dios Tor.

Cfr. su artículo del 20 de noviembre de 1918 en "Rote Fahne" y firmado por ella. (G.W.).

El origen tuvo lugar en Capua. Un cierto C. Lentulo poseía una escuela de gladiadores en la que formaba a estos "artistas" según las costumbres de la región. Los negocios de este honorable "manager" parecían prósperos y el número de sus "alumnos" era bastante considerable. Los había de todas las nacionalidades principalmente tracios y galos que poseían la reputación de ser particularmente aguerridos en el combate. Uno de ellos se llamaba Espartaco. Si hacemos caso a Apio, generalmente bien informado, éste había sido hecho prisionero durante la guerra y vendido inmediatamente al comerciante de gladiadores. Plutarco lo encuentra de aspecto distinguido, más un heleno que un bárbaro. Según Eratóstenes, procedía de una familia de pastores nómadas originarios de Sparta, pequeña población de Tracia de donde le viene el nombre. Cecilius de Acté, que publicó todo un libro sobre las guerras serviles, perdido en la actualidad, describe las etapas siguientes de su vida antes del inicio de la revuelta: prisionero de guerra, esclavo en Roma, fugitivo, soldado en un cuerpo auxiliar, desertor, ladrón en las grandes rutas y, por fin, gladiador.

Entre sus compañeros se le confería un poder sobrenatural, destinado a un futuro misterioso. Tenía a su lado una mujer, una tracia como él que se decía estar iniciada en los misterios de Baco y recibir revelaciones divinas. No lo dejó en ningún momento en el curso de su agitado trayecto.

Es completamente imposible saber si fue el inspirador y organizador del complot que organizaron algunos de sus camaradas decididos a recuperar la libertad huyendo del recinto de entrenamiento donde se hallaban encerrados. Según Apio, "persuadió a setenta compañeros de retar a la muerte con el fin de recuperar la libertad antes de verse reducidos a servir de espectáculo en las arenas de los romanos". Eutropio, por el contrario, no le confiere ningún rol dominante sino que lo pone al mismo nivel que sus colegas, los galos Crixio y Enomao: "Setenta y cuatro gladiadores, rompiendo las puertas del lugar de sus ejercicios en Capua, huyeron bajo la dirección de Espartaco, Crixio y Enomao". Podemos suponer, como hace Salustio, que al principio no tenían otra intención que buscar una mejor suerte que la dura esclavitud a la que se veían reducidos.

Plutarco, con su habitual tendencia a idealizar a sus héroes hace que consigan las armas mediante un hecho casual, una coincidencia hace que sus compañeros y él se crucen en el camino con un convoy de armas que iban destinadas a su antiguo maestro para usarlas en sus ejercicios. Muy contentos, se las apropiaron jurando solemnemente utilizarlas para conquistar la libertad y la independencia. Apio ignora este pintoresco incidente. Simplemente constata que Espartaco se armó, él y su banda, con todo tipo de armas que robaron a algunos viajeros. Veleyo Patérculo sólo les reconoce como grandes hazañas algunos pillajes en pequeñas ciudades. Sin embargo e inmediatamente después, se agruparon sobre una montaña, el Vesubio, y se dedicaron a fortificar tanto como pudieron sus posiciones, respetando al máximo las prácticas de sus antepasados. Desde que se tuvo conocimiento de la noticia de su instalación, multitud de esclavos fugitivos acudieron allí. Campesinos libres, de los alrededores, siguieron su ejemplo. De esta manera se formó un primer núcleo compuesto por gladiadores, esclavos y un grupo de proletarios rurales sin profesión determinada. Parece ser que este grupo no tenía otro objetivo que vivir a base de rapiñas ejercidas sobre los ricos propietarios de los alrededores. La dirección suprema la ejercía Espartaco asistido por sus dos colegas Enpmao y Crixio. El botín se repartía entre todos los miembros del grupo con tal equidad que, según relata Apio, fue "una causa de atracción para mucha gente".

C. Lentulo, que intentó al principio perseguir a los gladiadores en su huida, se dio cuenta enseguida que se hallaba ante una empresa imposible aunque contaba con una excelente ayuda de la milicia municipal y de algunos amigos. El pretor Claudio Pulcher creyó oportuno intervenir a la cabeza de tres mil hombres con la intención de aplastar desde el inicio esta alarmante tentativa. Inició un sitio de la montaña en toda regla ocupando con sus tropas cualquier posible salida, esperando rendir al enemigo por hambre. Pero los rebeldes utilizaron una estrategia bastante arriesgada que nos relataron Salustio y Frontin.

Cortaron una gran cantidad de sarmientos de viña, los ataron formando como aros de una larga cadena y con la ayuda de esta precaria

escalera, bajaron uno a uno, durante la noche, hasta el fondo del precipicio. Después se acercaron al campamento romano sobre el que cayeron por detrás. Los romanos, sorprendidos por este imprevisto ataque, fueron presos de gran pánico y huyeron dejando gran cantidad de víveres y de armas.

Esta victoria reforzó enormemente el prestigio de Espartaco entre la población libre y esclava de la región, que acudía a él en masa. Pronto se halló a la cabeza de un ejército de diez mil hombres. Pero, como siempre, hacía falta organizar y disciplinar esta multitud de maleantes, procurarles armas, caballos y, principalmente, alimentarlos y quizás hasta vestirlos. En esto consistió la primera y más urgente tarea para Espartaco y sus colaboradores. Se organizaron en tres cuerpos diferentes, cada uno bajo las órdenes personales de cada uno de ellos así como compañías especiales que recorrían el campo y robaban el ganado, las municiones y los víveres a sus propietarios. Un reclutamiento especialmente beneficioso para Espartaco lo constituyó la adhesión de los pastores de las montañas de Lucano que hasta el momento se habían mantenido alejados de este tipo de aventuras colectivas ya que preferían siempre actuar por sí solos. Sirvieron como exploradores. Iniciaban el ataque y, si era necesario, Espartaco les enviaba refuerzos suficientes para poder acabar con éxito la misión. Pero, cuidado, los rebeldes todavía no salían de su montaña. Sólo hasta que Espartaco no tuvo a sus tropas instruidas y equipadas no inició la campaña. Su plan consistía de una manera clara en intentar meter mano en las riquezas de las ciudades una vez que ya había robado todo lo posible a los propietarios rurales.

Numerosas ciudades de la Campania cayeron bajo su control. Su táctica habitual parecía ser que, al apoderarse de una ciudad, abría las puertas de las cárceles y daba la libertad a todos los esclavos. De esta manera todos aquellos que le debían su libertad no dudaban en entrar a formar parte de sus tropas al mismo tiempo que le informaban acerca de la fortuna de los principales habitantes. Acto seguido y todos a la vez, se ponían manos a la obra y, después de haber arreglado algunas rencillas personales, empezaba el pillaje sistemático y minuciosamente organizado.

Un fragmento de Salustio nos presenta la manera como trataba a los propietarios. Los acontecimientos que describe tuvieron lugar en Nola, una pequeña ciudad bastante próspera situada en las proximidades del Vesubio en la ruta de Nápoles.

"La crueldad de los rebeldes les llevaba a atormentarles con las heridas más dolorosas; después abandonaban estos cuerpos destrozados, medio muertos, sin acabar de quitarles la vida, para ir a otra parte a arrojar fuego sobre el tejado de las casas. Los esclavos del lugar, cuyo mal carácter hizo pronto migas con los rebeldes, sacaban de los sitios más recónditos todo lo que sus dueños tenían escondido o bien entregaban a sus propios dueños. Nada era respetado por la rabia bárbara y la maldad servil. Espartaco, incapaz de controlar a estos desenfundados, después de haberlo intentado en vano, llamó a uno de sus íntimos y le hizo salir de manera secreta de la ciudad y de volver enseguida anunciando "que las legiones romanas se estaban acercando y que no tardarían en echárseles encima".

Parece ser que esta estratagema funcionó y que los rebeldes salieron de prisa de la ciudad abandonando los abusos y pillajes.

Estos relatos de los excesos cometidos por las tropas de Espartaco, aunque realizados por escritores abiertamente hostiles al movimiento, no parecen falsos e incluso se puede admitir la posibilidad que él fuera incapaz de poner límites a sus instintos desenfundados por lo que se veía obligado a utilizar recursos de astucia para poner límites a sus excesos.

Después de haberse enterado de los acontecimientos de Nola parece ser que las autoridades romanas empezaron a inquietarse. Pero una vez más el Senado fue incapaz de reconocer lo delicado de la situación. La lección de Sicilia no sirvió para nada y quedó en el olvido una vez pasado el peligro. Se resolvió enviando a la Campania al pretor Publio Varinio Glaber, sin suministrarle tropas regulares sólo autorizándole a reclutar los recién llegados y a toda prisa, ya que los romanos estaban convencidos de que no se trataba de una guerra de verdad y que era más que suficiente para enfrentarse a estos delincuentes".

Esta campaña se inició de manera muy satisfactoria para los romanos. Parecía que en el lado de los rebeldes había ciertos desacuerdos. Espartaco aparecía como demasiado moderado, lo que le desacreditaba a los ojos de Crixio y de Enomao, jefes del partido galo y germánico, partidarios de métodos más expeditivos en la lucha sin cuartel y permanentemente dispuestos para la batalla. Espartaco, alrededor de quien se agrupaban los elementos orientales, no era partidario de esperar el ataque de los romanos y como no se sentía suficientemente fuerte creía más prudente refugiarse de nuevo en las montañas y desgastar al enemigo con una guerra de emboscadas. Nadie le hizo caso.

El partido galo, confiando en su superioridad numérica (el ejército de Crixio lo componían 10.000 combatientes y el de Enomao 3.000) quería entrar enseguida en combate. Se le hizo caso, pero el resultado fue la derrota absoluta de las tropas de Enomao, quien pagó con su vida el precio de su audacia. El resto de los rebeldes se refugió en las montañas.

Varinio quiso sacar provecho de su primera victoria. Aparte algunas pequeñas derrotas y maniobrando con habilidad logró encerrar a los rebeldes en un terreno inhóspito, rodeado de montañas y de corrientes de agua infranqueables. Sus tropas ocupaban todas las colinas de manera que Espartaco se encontró completamente rodeado por su enemigo a quien no escapaba ni un solo movimiento suyo. No se podía uno hacer ilusiones respecto a la posibilidad de romper el cerco de los romanos y escapar al cerco que le tendían. Sin embargo Espartaco salió bien parado de esta prueba de fuerza. Si damos crédito a Fortín, utilizó para lograrlo una estratagema que tuvo en la posteridad cierto éxito y que además inspiró a Alejandro Dumas una de las más memorables páginas de sus «Tres Mosqueteros».

«Al no atreverse a huir ante la presencia del enemigo sin riesgo de perderse, según relata Frontin, se ordenó instalar unos palos a cierta distancia los unos de los otros y de atarles a los mismos igual número de cuerpos muertos vestidos y armados que dieran la sensación de tratarse de centinelas de una guardia adelantada.

Encendió grandes fuegos en la misma línea y al haber engañado al enemigo con esta imagen falsa, hizo que, aprovechando la oscuridad, toda su gente desfilase por detrás, por un lugar completamente impracticable si hubiera tenido el más mínimo obstáculo".

Una vez alejado el peligro, Espartaco intentó acercarse al mar. Se expandió por el litoral y sus tropas se dejaron ver por las villas marítimas que todavía no habían tenido la ocasión de recibir su visita, tal era su manera de vengar las injusticias sociales. Varinio se dirigió directamente allí. Destacó un cuerpo de sus tropas bajo las ordenes de su lugarteniente Cosinio, para limpiar de rebeldes la región de Salinas, célebre por sus baños y lugar donde numerosos ricos romanos tenían sus villas, y se dirigió él mismo hacia el mediodía donde se encontraba el grueso del ejército rebelde a las ordenes de Espartaco. Éste, al corriente de la maniobra del enemigo, dejó a Crixio el mando de las tropas, escogió un equipo de montañeros expertos en escalar las rocas más escarpadas y, sin víveres, sin equipaje, casi sin armas con una marcha rápida, atravesó, él y sus compañeros, a una velocidad increíble las doce millas que le separaban de Salinas y se lanzó de improviso sobre el campamento romano.

Era tan poca la preocupación de Cosino ante un posible ataque que mientras los rebeldes atacaban el campo, se estaba dando un baño en una fuente cercana. Sólo tuvo tiempo de salir del agua y de fugarse rápidamente. Sus perseguidores lo alcanzaron y le mataron allí mismo. Después de haber pillado el campamento enemigo, Espartaco regresó a su base de operaciones y esta vez sí que se sintió con fuerzas y preparado para luchar contra Varinio. Obtuvo una importante victoria a pesar de todos los esfuerzos de Varinio que hizo prueba durante la batalla de una importante valentía personal y que quiso repetir el éxito de Aquilio, quien se midió él mismo con Espartaco. No tuvo la suerte del vencedor de Atenión. Espartaco mató con sus propias manos el caballo de Glabro y poco faltó para que el general en jefe de las tropas romanas no fuera hecho prisionero por el gladiador.

Este fue un éxito personal para Espartaco que no dudó en sacarle provecho de inmediato. Ocupó el litoral meridional que era enormemente importante para él debido al lazo que podía establecerse con Sicilia, al instalarse como dueño. Tomó por sorpresa, según Salustio, la ciudad de Metaponte cuyos habitantes, al desconocer la derrota del ejército romano, no tuvieron tiempo de asegurar su defensa. La ciudad fue saqueada de manera brutal, quizás con un celo bastante excepcional ya que si creemos lo que relata Orosio, que afirma que entre todas las ciudades que cayeron en manos de los rebeldes durante sus incursiones, Metaponte fue la que más sufrió.

Desde allí Espartaco se dirigió hacia el otro extremo del golfo de Tarento, más cercano aún de Sicilia, y conquistó la ciudad de Turio donde estableció definitivamente su cuartel general. Esta ciudad, en la que en otros tiempos Atenión había tenido numerosos partidarios y en la que el espíritu de revuelta estaba muy extendido entre las capas inferiores de la población, se rindió a los rebeldes sin excesiva resistencia. Habiéndose convertido en dueño de Turio, Espartaco adoptó una nueva táctica. Esta vez se opuso categóricamente al pillaje de la ciudad. Mandó salir de la ciudad a sus tropas y establecer un campamento en la llanura vecina. Un fragmento de Salustio da testimonio de que se respetaron los bienes de los comerciantes y sus mercancías. Hubo un mercado de mercancías que se instaló con los soldados y se dieron todas las garantías de seguridad a los que iban para vender sus mercancías al campamento de los soldados.

Aprovechándose de la autorización de Espartaco, los comerciantes invadieron el campamento con todo tipo de mercancías capaces de seducir a los soldados que se hallaban, como consecuencia de sus éxitos, en posesión de grandes sumas de dinero "requisado" y que lo gastaban generosamente. Parece ser que estas prodigalidades provocaron que Espartaco publicara una ordenanza que prohibía la circulación de cualquier metal precioso dentro del campamento; comentaristas con demasiado celo han concluido de esto la prueba de las concepciones estoicas o cínicas de Espartaco.

Si nos creemos a Apio el número de sus partidarios en esta época había llegado a 70.000. Sin embargo continuó ejerciendo una propaganda activa entre los esclavos y el proletariado de la región invitándoles a unirse a ellos para participar en la creación de un nuevo Estado en el que unas leyes nuevas y justas asegurarían una existencia feliz para todos. Y no se contentó con sólo la región conquistada. Lanzó un llamamiento (según Salustio) "a todos los que habitan al otro lado del Po prometiéndoles participar de los mismos privilegios y a admitirles igualmente en la cofradía".

Durante este tiempo, Varinio no hacía nada. Pedía refuerzos a Roma. El Senado se mostraba reticente a enviarle tropas regulares. Después de infinitas súplicas y peticiones que tuvo que formular a través de su cuestor C.Toranio, enviado con este fin a Roma, se le concedieron algunas nuevas levas cuyo valor combativo era nulo. Un intento de ofensiva que organizó se detuvo por sí mismo cuando vieron al ejército de los rebeldes dispuesto en orden de batalla, según todas las normas del arte militar, perfectamente disciplinado y bien equipado.

Al llegar los primeros fríos, Varinio se retiró prudentemente a sus cuarteles de invierno. Los rebeldes, sin embargo, no se quedaron tranquilos. Avanzaron simultáneamente en dos direcciones y por una alcanzaron Trotona y por la otra Cosencia.

Mientras en Roma dos nuevos cónsules llegados recientemente al cargo reciben el encargo de liquidar la empresa de Espartaco. Se les otorga un ejército a cada uno, es algo que hay que tener en cuenta, que prueba que por fin Roma había entendido la gravedad de la situación: los dos se dirigen al escenario de la guerra.

Los rebeldes no creen que las tropas romanas vayan a buscarles a su retaguardia. Empiezan a diseñar una amplia operación cuyo contenido exacto no lo podemos saber de manera clara hoy día. Interpretando los fragmentos de Salustio, se pueden entrever dos corrientes opuestas que se habrían formado entre ellos. El grupo "europeo" compuesto por los galos y los germanos cuyo jefe era el galo Crixio era partidario de ir inmediatamente al encuentro de los ejércitos consulares, ganarles, seguir hasta Roma, tomar la ciudad, destruirla y

organizar un nuevo estado sobre sus ruinas, prometiendo la libertad a todos los pueblos amigos o enemigos. El grupo "oriental" o "asiático" que reunía principalmente todos los rebeldes de origen semita, agrupado en torno a Espartaco, opinaba al revés, que había que abandonar la empresa y conformarse con el botín conseguido y con la libertad recuperada y volver cada uno a su país, a la casa de su familia. Al no haberse podido poner de acuerdo con los piratas sicilianos, que pusieron unas exigencias desorbitadas para transportarles junto con su equipaje por vía marítima hasta las costas de Asia Menor, tomaron, por iniciativa de Espartaco, la decisión, que parece descabellada, de atravesar precipitadamente toda la península aprovechando el estado de extrema confusión que reinaba aún entre las filas del ejército romano y del pánico que producían entre los italianos con posesiones, llegar a la frontera, atravesar los Alpes y después separarse, una vez hubiera decidido cada uno la dirección que le convenía. Viendo así las cosas el papel de Espartaco parece bien modesto y no corresponde en absoluto a la imagen heroica que la posteridad nos ha dado de él. Es a Crixio a quien pertenece el honor de haber sido el instigador de la formidable empresa: la titánica lucha contra el Estado romano durante la cual los oprimidos deberían jugar su última baza. No estamos en posesión de datos suficientes para refutar la versión de Salustio. Sin embargo nos permitimos hacer las dos observaciones siguientes:

1º Las discrepancias entre Espartaco y Craxio referentes al plan de la campaña adoptado pudieron haber existido, pero no debieron de tener unas consecuencias tan graves hasta el punto de que surgiera entre los dos jefes una hostilidad tal como la deja entrever Salustio. Si fuera así no se entendería el sublime homenaje que algunas semanas más tarde rindió Espartaco a su colega caído en el campo de batalla.

2º La intención de Espartaco de llegar a las fronteras de Italia tiene su origen con toda evidencia del trayecto adoptado y realizado por él. Ignoramos solamente, y sin lugar a dudas se ignorará para siempre, si era para una vez llegados al lugar dispersarse enseguida liquidando su empresa o más bien veía la posibilidad de establecer una nueva base de operaciones estratégicas de mayor envergadura en la Galia

como parece sugerir Apio de manera evasiva. Es muy probable, sin embargo que, al iniciar esta marcha legendaria, Espartaco no tuviera ningún plan de campaña preciso y cerrado, hacía según el azar de los acontecimientos se presentaba. No se pueden explicar de otra manera los movimientos bruscos e inesperados de los que hizo gala a lo largo de sus maniobras. Lo que sí es cierto es que Crixio se dirigió con 30.000 hombres al encuentro del ejército romano mientras que Espartaco con sus partidarios tomó el camino del norte a lo largo de las gargantas del Apenino.

Los dos cónsules al corriente de las maniobras de su adversario se repartieron el trabajo. Gelio fue el que se dirigió al encuentro de Crixio. Lentulo se puso a perseguir la columna de Espartaco que huía hacia el Norte, con la intención de darle alcance y cerrarle el camino. En el primer encuentro con Crixio, Gelio fue cruelmente derrotado y tuvo que salvarse huyendo. Su campamento, provisto de abundantes víveres y municiones casi todavía intactos, cayó en manos de los rebeldes. Este éxito fue paradójicamente la causa de su derrota. En lugar de acabar con las tropas romanas derrotadas, los galos de Crixio se precipitaron sobre los tesoros conquistados y organizaron una orgía formidable olvidando por completo al enemigo. Éste, tuvo tiempo de recuperarse del susto y apareció al día siguiente cuando nadie le esperaba. Los rebeldes, la mayor parte completamente borrachos fueron abatidos casi sin oponer resistencia y parece ser que sólo se salvó de la masacre una tercera parte de ellos. El mismo Crixio sucumbió durante la batalla. El resto de supervivientes fueron en busca de Espartaco comunicándole la triste noticia. La situación de este último era también bastante crítica ya que en su avance hacia los Alpes el ejército de Lentulo había logrado adelantarle y estaba a punto de cortar el paso. Mientras que desde el centro subía también hacia él el ejército de Gelio una vez derrotado Crixio. Todo hacía prever que Espartaco estaba en vísperas de su derrota definitiva y que le sería imposible salir indemne. Pero no obstante, la extraña conducta de los generales romanos no sólo le permitió salir sano y salvo de la situación sino que fue capaz de darle completamente la vuelta y de salir triunfante después de una victoria de las más brillantes.

El cónsul Lentulo, ocupando una posición muy ventajosa en las alturas desde donde dominaba a los rebeldes se obstinó en quedarse inactivo y en no atacar al enemigo bajo el singular pretexto, citado por Salustio, de "esperar la llegada de Gelio y dar esta marca de consideración a un colega que, siendo inferior en edad y en rango, había tenido con él hasta entonces una gran deferencia".

Espartaco no respetó la exquisita urbanidad de la que quería hacer gala hacia un colega su adversario y, dejando un contingente bastante reducido para resistir provisionalmente a Gelio, se puso a la cabeza del grueso de sus tropas al encuentro del amable Lentulo quien fue derrotado de manera radical e indiscutible. Sin perder un momento Espartaco volvió hacia atrás desde donde ya se apercibía la llegada de la vanguardia del ejército de Gelio retenida por el momento por los voluntarios de Espartaco. El violento ataque que éste dirigió a Gelio obligó al romano a seguir el ejemplo de su colega y a huir en desorden. El campamento romano y todas sus pertenencias cayeron en manos de los rebeldes.

De entre los prisioneros se contabilizaron trescientos ciudadanos romanos, hecho inaudito si se tiene en cuenta la impresión que había producido en los historiadores romanos. Vencedor, Espartaco continuó sin parar su marcha hacia el norte. La noticia de sus victorias se extendió rápidamente por todo el país. Le preceden rumores extraños. Las regiones que se hallan en su ruta y que esperan su llegada son presas de un miedo y pánico indescriptibles. Hay que señalar, sin embargo, una tentativa de resistencia. En la entrada de la Galia Cispadana, un ejército organizado por el pretor Manlio le espera con la intención de prohibirle el paso por la provincia. Vana ilusión. Manlio es derrotado también. El procónsul Casio corre en auxilio de los restos del ejército de Manlio. La misma suerte que su colega le espera cerca de Modena: gravemente herido escapa por poco de los rebeldes para morir al día siguiente como resultado de sus heridas. Espartaco avanza sin descanso en la dirección del Po. Está en la misma orilla del río. Dispuesto a dejar para siempre parece ser, la tierra italiana. Pero antes organiza un acto formidable, un poco teatral pero muy significativo, para honrar a su compañero Crixio caído en el campo

de batalla. Se obliga a los trescientos ciudadanos romanos, hechos prisioneros hacía poco, a batirse entre ellos al final de la ceremonia "como viles gladiadores" (agravio incalificable, según los historiadores romanos) ante el público compuesto por esclavos y antiguos gladiadores que está exultante de alegría saboreando esta revancha triunfal. No se sabe lo que sucedió a continuación y seguramente no se sabrá nunca, pero de una manera brusca, en vez de seguir el plan de atravesar el Po a la cabeza de sus partidarios, Espartaco renuncia a su plan inicial, ordena dar media vuelta mientras proclama su intención de dirigirse hacia Roma y, al conquistar esta ciudad, asegurarse definitivamente su triunfo.

Cuando en Roma se enteraron de la noticia, parecía que todo el mundo se volvía loco. Se tenía un ejército muy grande pero se carecía de la persona que lo dirigiera. Los dos cónsules derrotados habían vuelto y se les había destituido. Un personaje interino, el pretor Arrio, habiendo recogido los restos de las legiones derrotadas en el Vicensis y de elaborar un intento de resistencia, no tardó en seguir la suerte común. No se pensaba ya más en operaciones militares. No se tenía otra preocupación que la de organizar "in situ" en la medida de lo posible, la defensa de la capital. Pero no se sabía cómo hacerlo ni por dónde empezar. El cargo de pretor urbano estaba vacante. Nadie quería hacerse cargo de la administración de una ciudad que estaba a la espera, esta era la convicción general, de ser presa de los rebeldes y de sufrir la trágica suerte que le esperaba. En este preciso momento, es cierto, todo parecía favorable a la iniciativa de Espartaco y le hubiera sido fácil conquistar Roma con el mínimo esfuerzo. Había llegado casi a las puertas de la ciudad. La capital atravesaba horas como las que conoció París en septiembre de 1914 y Varsovia en mayo de 1920. Y, sin embargo, en el último momento se produjo un cambio repentino. En lugar de precipitarse al asalto de la ciudad, los rebeldes se paran, se inmovilizan y parecen renunciar a la realización de su plan. Al mismo tiempo en Roma surge un jefe, Craso. Enérgico pero a la vez tranquilo y prudente. Se abstiene de enfrentarse al enemigo. Aprovechando la inesperada pasividad de Espartaco, reorganiza el ejército, levanta la moral de las tropas, reestablece una rigurosa

disciplina. Mientras tanto los rebeldes se pierden en discusiones internas que producen un efecto inmediato sobre su táctica militar. Se cambia de opinión. Se abandona el proyecto de la toma de la capital. Se decide volver a los lugares donde nació el movimiento y desde allí llegar a Sicilia para intentar sublevar las innumerables masas de esclavos entre los que todavía deberían estar presentes los recuerdos de sus recientes revueltas. Se ejecuta el proyecto y se toma de nuevo el camino hacia el sur. Pero no se tiene en cuenta que hay que pactar con los sicilianos, con el tiempo suficiente, el transporte vía marítima de los efectivos y del material. Por esta razón, las tropas de Espartaco perdieron inútilmente un tiempo considerable. Las negociaciones eran muy largas y parecía que, al otro lado del estrecho, no lo veían muy claro. Craso supo aprovechar este lapsus y logró durante este tiempo cortar todas las comunicaciones de Espartaco con el resto de la península. Cuando éste se dio cuenta del peligro ya era demasiado tarde: un nuevo ejército romano procedente del norte se dirigía hacia él. No le quedaba otra solución que esperarlo y entrar en combate, ya que Sicilia con todas sus buenas intenciones de palabra no quiso salir de su reserva.

Debido a esto la situación se volvía cada vez más difícil para Espartaco y la moral de las tropas lo estaba notando. Para estimular su valentía, Espartaco pronunció ante sus soldados, la víspera de la batalla, una enardecida arenga conminándoles a ganar o a morir como héroes. Su elocuencia no debió de producir el efecto deseado ya que, para darle un aire de más eficacia se hizo traer un prisionero romano e hizo que lo crucificaran delante de toda la tropa " para que los suyos tuvieran muy presente, según relata Apio, a qué tipo de represalias debían esperarse en caso de derrota". Pero parece que sus tropas no lucharon, esta vez, con demasiada convicción. A nivel personal Espartaco hizo prueba de una valentía prodigiosa. Precipitándose en medio de la batalla, intentó llegar hasta donde se encontraba el general romano para tener con él un cuerpo a cuerpo. No lo logró. Craso se mantenía prudentemente separado y se contentaba con dirigir las operaciones desde lejos. Llevado por su ardor, Espartaco, en un momento dado se halló rodeado de enemigos y después de un combate

heroico, cuyas emocionantes peripecias admiran todos los historiadores cayó bajo los golpes de sus adversarios. Al instante, como sucede siempre después de la muerte de un jefe, se produjo la debacle de la tropa.

Si hacemos caso de Floro y Salustio, "los rebeldes supieron morir, sin embargo, como héroes, encontrando con las armas en la mano un fin digno no de esclavos, sino de verdaderos guerreros", "dejándose matar en el puesto, cubriendo con su cuerpo el lugar que ocupaban durante el combate".

Estas afirmaciones son difícilmente verificables. Sólo dos acontecimientos materiales les aportan algún retoque:

1º De entre los vencidos hubo muchos fugitivos ya que está demostrado que después de aquel trágico día, masas de rebeldes que habían logrado salvarse se refugiaron en las montañas y formaron nuevas bandas bajo las órdenes de Publipo, uno de los lugartenientes de Espartaco, que pudieron subsistir todavía durante un tiempo dedicándose al pillaje de los alrededores, evitando, eso sí, cualquier encuentro con el ejército regular romano.

2º Seis mil rebeldes prefirieron rendirse vivos al enemigo antes de morir en la batalla, lo que no les sirvió de mucho ya que una vez finalizada ésta se les colgó a todos a lo largo de la carretera principal que une Capua con Roma.

De una manera o de otra todo había terminado. Y esta vez de manera definitiva. Podemos pues ir a las conclusiones. Lo que nos sorprende sobre todo de esta época titánica es la extraordinaria precisión con la que surge el conflicto entre estas dos fuerzas opuestas, la sociedad llamada "burguesa" y las masas revolucionarias. Una ya aparece veinte siglos antes de la época de Lenin y de Marx, débil, indecisa respecto a su fuerza, improvisadora, incapaz de organizarse y enfrentarse al terrible peligro que la amenaza. La otra nos sorprende desde el principio, por lo contrario, por su entusiasmo combativo, su vigor inagotable, su fe ciega en el futuro, el heroísmo sobrehumano de todos sus miembros independientemente del rango que ocupan. En estas condiciones su victoria final parece cierta. Podemos ver por un

lado que el ardor revolucionario no es suficiente por sí mismo para mantener la situación al nivel que permitiría esperar y por otro que, no obstante la gran desorganización de la sociedad romana, en el último momento, una especie de instinto de conservación supo despertar en ella una fuerza de resistencia suficiente y provocar, en el momento que todo parecía perdido, un vuelco en la situación que tiene el aspecto de una verdadera resurrección.

Mientras se trató de pelear, llevar muerte y destrucción al bando enemigo, las tropas de Espartaco estuvieron a la altura de su tarea. Pero cuando hubo que aprovecharse de los éxitos y pasar a realizaciones concretas, la masa de los rebeldes se mostró indecisa, dudosa, no sabiendo por donde empezar, qué camino seguir o qué dirección tomar. Se cambiaron los proyectos, se pasó de un plan a otro sin saber porqué y como se hacía tanto caso a una opinión como a otra se embarcaban en empresas contrarias a cualquier lógica y a cualquier sentido común que les llevaba irremediabilmente al fracaso. ¿Hay que pensar que todos estos rebeldes no hacían otra cosa que precipitarse al destino que les estaba asignado con anterioridad? Nos gustaría no sacar conclusiones generales de un hecho aislado pero nos vemos obligados a constatar que toda una serie de casos similares que ocurrieron durante los siglos siguientes pasaron por las mismas fases y llegaron al mismo resultado.

No fue hasta la segunda mitad del siglo diecinueve que se entendió la necesidad de organizar las fuerzas activas de la revolución social sobre bases científicas. Se puede reconocer que este nuevo método no ha dejado de dar los resultados que esperaban sus creadores. Pero antes de llegar a esta etapa de la estrategia revolucionaria nos queda todavía un largo camino que recorrer.

